

y fomentos de todos los males. Esto claramente atestigua san Bernardo por estas palabras: Con el fervor de espíritu se extingue el fervor de otros deseos, y la delectacion espiritual de la uncion excluye la pestilente dulzura de los vicios. Y que esto se consiga por una singular virtud de este Sacramento, el mismo san Bernardo lo atestigua por estas palabras: Si alguno de vosotros, hermanos, no siente ahora con tanta frecuencia los movimientos tan fuertes de la ira, de la lujuria, de la envidia ó de los otros semejantes vicios, dé las gracias al cuerpo y sangre del Señor, porque la virtud del Sacramento obra en él. Esto san Bernardo. Y así los ímpetus ó turbaciones que suceden en la parte inferior de nuestra alma, con esta celestial comida se adormecen de modo y se mitigan, que en el tiempo que ocupa nuestra alma el ardor de la devocion, apenas nos da molestia alguna, ni nos impiden ó hacen mala obra con sus continuos clamores ó ladridos. Dadme licencia, hermanos, para que os ponga á la vista una imágen de esto en un ejemplo fabuloso. Porque aunque con los ejemplos de fábulas nada podamos probar, sin embargo, como dice Eusebio Emiseno¹, podemos con ellos explicar las cosas mas oscuras. Cuentan, pues, las fábulas de los poetas, que Eneas, habiendo bajado á los infiernos á visitar su padre Anquises, le dió la Sibila cierto pan confeccionado para que se lo echara al can cerbero de tres cabezas (el cual impedía la entrada en aquel lugar) para mitigar y adormecer con él su rabia y furor. Porque de este modo tendria franca la entrada y la salida en los infiernos. Este ejemplo, aunque fabuloso, esto no obstante expresa la enfermedad de nuestra naturaleza y su remedio. Porque dentro de nuestro pecho se oculta este can cerbero, que es la concupiscencia, de quien nace el amor triplicado de la honra, de riquezas y deleites; el cual está tan hambriento de estas cosas, que de arriba abajo todo lo vuelve y trastorna para conseguirlas. Y el remedio de este mal tan grande es este pan consagrado por la virtud de Dios y ministerio de los sacerdotes, el cual recibido piadosa, religiosa y frecuentemente, apaga y temple de un modo maravilloso la rabia y furor de este can de tres cabezas. Pero de las fábulas pasando á una cosa seria, esto mismo nos representa tambien el arca del testamento², que era imágen de este Sacramento, la cual luego que tocó las corrientes del Jordan se pararon sus aguas, y detuvieron el natural curso é ímpetu con que se inclinaban á lo bajo. De cuyo milagro pasmándose mucho el real Profeta exclama³: ¿Qué tienes,

¹ Euseb. in hom. de Paschate. — ² Josue, v. — ³ Psalm. cxiii.

mar, que huiste? ¿y tú, Jordan, que te volviste atrás? Á saber, á la presencia del Señor se detuvieron las aguas, y por la presencia de su virtud quedaron comprimidas. Pues si de esto se admira tanto el Profeta, ¿cuánto mas maravilloso es que los varios y multiplicados movimientos y apetitos de nuestra carne, que por vicio de la naturaleza caída nos inclinan á cosas bajas y terrenas, se compriman y refrenen y queden como inmobiles, ó traídos del espíritu se levanten á cosas superiores y altas? á la verdad que no es cosa menos admirable esta que el que paren las aguas del Jordan, y retrocedan hácia atrás, ó se detengan amontonadas. Mas esta mutacion se dice que fue por la presencia del Señor, esto es, porque la virtud y presencia de este Sacramento obra estas maravillas.

11. Pero como entre los otros desenfrenados movimientos del ánimo sea vehemente el ardor de la lascivia, porque los teólogos confiesan que esta es la herida gravísima de la naturaleza, aprovecha tambien maravillosamente la virtud de este Sacramento para sanar esta llaga. Esto indican, y no con oscuridad, aquellas palabras del Profeta¹: Porque ¿qué es el bien de él ó lo hermoso de él sino trigo de escogidos y vino que brota y produce vírgenes? Y ¿qué otra cosa es el trigo de los escogidos, sino este pan de Angeles? y ¿qué es el vino sino la sangre de Cristo que se contiene bajo la especie de vino? Porque el otro vino no engendra ni produce vírgenes, antes bien combate contra la virginidad, atestiguándolo el Apóstol que dice²: No queráis embriagaros con el vino; en él está la lujuria. Y este vino celestial está tan distante de esto, que produce vírgenes; porque por su virtud extenua el ardor de la lascivia, y engendra el amor de la honestidad y pudor. De donde siendo vehementemente tentado del espíritu de la lujuria cierto jóven, y no atreviéndose por esto á recibir la sagrada Eucaristía, le mandó el confesor que confesando sus pecados antes, se acercase á este divino misterio con cuanta humildad y devocion le fuese posible. Y luego que hizo esto se adormeció de modo aquel ardor de la concupiscencia, que desde aquel tiempo no dejó ni rastro suyo; porque no pudo estar ante la presencia del Cordero immaculado el espíritu inmundo de la lujuria.

Tercera parte: ¿Qué le daremos nosotros al Señor por tantos beneficios?

12. Esto quede dicho sobre las virtudes é institucion de este divino Sacramento, en el cual resplandece maravillosamente el orden

¹ Zach. ix. — ² Ephes. v.

y sabiduría de la Providencia divina. Porque como esta disponga todas las cosas con suavidad y sabiduría, por aquel camino por el que entró la muerte en el mundo, por el mismo cuidó volver la vida al mundo. Porque cuatro cosas conspiraron á la perdicion y muerte del mundo: á saber, el hombre inobediente, la mujer soberbia, el árbol vedado y la comida prohibida por el Señor. Pues otras cuatro destinó el Señor para la restauracion del mundo. Porque contra el hombre inobediente opuso otro que estuvo obediente hasta la muerte. Contra la mujer soberbia, otra mujer que se abatió con una humildad profundísima. Contra el árbol prohibido del paraíso, el leño vital de la cruz del Señor. Y contra aquella comida mortífera, este Sacramento del cuerpo del Señor, que da la vida. Pues así como todos los males que trajo el primer hombre quitó el segundo, y lo que introdujo Eva expelió María, y los que produjo el árbol de la muerte los desterró el árbol de la vida; así todos los males que aquella mortífera comida introdujo en la tierra, este pan vivífico los ahuyentó y desterró del mundo. De aquella comida se dijo ¹: En cualquiera dia que comas de ella, morirás con la muerte, esto es, ciertamente; y, por el contrario, de este en el presente Evangelio dice el Señor: *Si alguno comiere este pan, vivirá eternamente*. Aquel, pues, es pan de muerte; este es pan de vida. Y así, finalmente, se cumplió aquello que dice el Eclesiástico ²: Todas las cosas dobles, uno contra uno, y no hizo que faltase alguna cosa. Porque así la divina Providencia cura contrarios con contrarios, no solo en las obras de naturaleza, sino tambien de gracia, y para que no fenezcan las cosas sábiamente dispuestas por él, la fuerza ó vigor de las unas, ó las templa ó repele con la virtud de las otras.

13. Pues habiéndonos hecho el Señor tantos beneficios por la virtud de este divino Sacramento, ¿qué es razon hagamos nosotros, sino darle gracias inmortales por este don tan grande? que lo alabemos perpétuamente, que amemos con toda la mente y con todas las fuerzas á aquel que se dignó visitarnos así, alimentarnos así, fortalecernos, deleitarnos, reforzarnos, iluminarnos, hacerse una cosa con nosotros, habitar en nuestras almas, honrarnos con la majestad de su presencia, y hacernos participantes de sus trabajos y méritos? Pues ¿qué gracias podrá darle la flaqueza humana por estos tan grandes dones?

14. Y porque el Dador y Señor de este don grande sabia que

¹ Genes. II. — ² Eccli. XLII.

nosotros no podíamos corresponder con igual gratitud de ánimo á este tan grande beneficio; el mismo que nos hizo el beneficio dió las gracias por nosotros. Porque inmediatamente que instituyó este Sacramento, levantando los ojos al cielo, dió gracias al eterno Padre porque por su beneplácito y consejo quiso que se instituyese este don tan grande para remedio de la debilidad humana. Porque así como el Padre eterno por los méritos de su Unigénito nos adoptó en hijos suyos, diciendo por san Juan ¹, ved cuál caridad nos dió Dios, que nos nombremos y seamos hijos suyos: así por los mismos nos confirió este sumo beneficio, de que nos sentemos á su mesa y nos saciemos del pan de Ángeles. Porque el mismo Unigénito que á cara descubierta sacia á los Ángeles en la patria, con la misma cubierta con velos nos refuerza en la vida. Y esto de cuánta dignidad y gloria sea, se podrá indicar con este ejemplo. Entre las últimas palabras y mandatos que propuso David á su hijo Salomon, fue uno, que siempre convidara á su mesa á los hijos de Berce-lai Galaadita. Porque así dijo á su hijo ²: Pero á los hijos de Berce-lai volverás gracia, porque me salieron al encuentro cuando huia de la presencia de Absalon tu hermano. Es decir, en el tiempo en que casi todo el pueblo de Israel, abandonándome á mí, seguia á Absalon, este me fue amigo fiel, y me ofreció unos víveres copiosos para mí y para el ejército. Y no olvidado de este beneficio, hasta aquí correspondí agradecido á sus hijos; y no contento con esta correspondencia mia, te recomiendo tambien, ó hijo, que coman contigo á la mesa. Yo no sé qué deba admirar antes en esta parte, si la fidelidad de Berce-lai, que fue fiel á David en aquel tiempo en que todos le dejaron, aunque no ignorase el grande riesgo que amenazaba á sí y á sus hijos si vencía la parte contraria; ó el ánimo grato de David á este beneficio, que no contento con haber correspondido con gracias todos los dias de su vida á los hijos de Berce-lai, estando ya para morir, cuando los hombres aun apenas se acuerdan de sí, mandó que les hiciera su hijo Salomon esta tan grande honra de convidarlos á su mesa. Cuya mesa en la realidad era tan magnífica y espléndida, que entre las otras cosas que admiraba la reina Sabá, de modo que ya le faltaba el espíritu, se mencionan tambien las comidas de su mesa, los jefes ó coperos, y los vestidos de los que la servian. Y ¿por cuán feliz reputarian estos convidados en aquel tiempo la fidelidad de su padre, por la cual se veian tan honrados; pues á la verdad, por una vez que se la guardó, les

¹ Joan. III. — ² III Reg. II.

trajo tan grande y tan continuada gloria? Con este ejemplo se podrá entender, hermanos, advirtiendo esto al paso, cuán felices reputarán todos los justos en el cielo las lágrimas y trabajos de su vida pasada, por los cuales, asociados á los coros angélicos, disfrutarán sin fin aquellos suavísimos manjares en la mesa del verdadero Salomon. Qué cosa sea esto, no se puede explicar con palabras, ni comprender con el pensamiento. Pero vamos al intento: así como á los hijos de Berceai se les hizo esta gracia tan grande por la fidelidad de su padre, así el Padre eterno por los méritos de Cristo, á quien Isafas llama Padre del siglo futuro, se nos ha hecho este tan grande honor, de que en este destierro nos sentemos á la mesa del Dios omnipotente, y comamos nosotros también de aquel mismo pan que come él, esto es, de su Hijo; para que por medio de él nos nutramos al presente en la vida espiritual, y de él mismo nos saciemos despues en la gloria celestial. Mas aunque ni en el siglo presente ni en el venidero podamos dar las gracias debidas á dádiva tan grande; sin embargo en el siglo futuro harémos esto de muy diferente manera, cuando veamos que por el mérito de esta comida vital hemos conseguido la vida eterna. Porque, como enseña el Salvador en la presente leccion, en esto se diferencia esta comida de aquella que se dió á los Padres en el desierto, en que esta da la vida mortal, y aquella la vida eterna. Porque así dice: *Este es pan que bajó del cielo. No así como comieron vuestros padres el maná y murieron. El que come este pan vivirá eternamente.* Pues cuando por beneficio de este pan disfrutemos la vida eterna, entonces al fin daremos las debidas gracias por él al Dador benignísimo. Ahora démosle tantas cuantas mas puedan concebir nuestros ánimos.

15. También de lo dicho hasta aquí se sigue: que ya que Cristo Señor nuestro por los méritos de su preciosa sangre y pasion nos mereció estas tan grandes riquezas de gracias y dones celestiales, como se contienen en este venerable Sacramento, de ningun modo consintamos el apartarnos de la participacion de este tan grande beneficio, y no ofendamos su ánimo gravemente desatendiendo sus favores. Porque mas suele sentir el mercenario ó jornalero, y mas le atormenta el que le defrauden su jornal justo, que el trabajo de su obra. Por esto está escrito¹: El que derrama sangre y el que defrauda al jornalero su estipendio, son hermanos, esto es, son reos de un mismo delito. Y á nuestro Salvador no le horroriza el nombre de mercenario, el cual dice² que vino á servirnos, y á quien

¹ Eccli. xxxiv. — ² Matth. xx.

el Apóstol llama Ministro de los Santos¹. Pues el estipendio de este, ó bien ministro, ó bien mercenario, es nuestra salud y vida, la cual nos mereció por su muerte: porque este galardón le prometió el Padre celestial, cuando dijo por el Profeta²: Á causa de lo que trabajó su alma, verá y se saciará. Y si pusiere su alma, es decir, su vida por el pecado, verá una semilla larga, etc.³. Pues entonces defraudamos á este mercenario de su debido jornal, cuando por pereza y negligencia nuestra no queremos usar de los socorros de la vida espiritual y eterna que nos dejó en este Sacramento. Y cuando esto hacemos, hermanos, nos hacemos del número de aquellos que derramaron cruelmente su sangre: ellos á la verdad derramaron su sangre, y nosotros repudiamos el fruto de ella. Y no crea alguno que con el deseo de este pan celestial ha percibido todo su fruto. Porque en los demás oficios de las virtudes, cuando es eficaz la voluntad y está pronta á la obra, queda la misma razon de mérito para con aquel que ve y mira la buena voluntad: sin embargo, en la participacion de los Sacramentos, nunca la propension misma de la buena voluntad sin obra vale tanto, cuanto la obra misma junta á la voluntad. Los Sacramentos á la verdad por virtud suya, esto es, *ex opere operato*, como dicen, dan la gracia á los que los reciben dignamente: de cuyo fruto quedan aquellos privados, sin percibirlos de modo alguno, aunque no se defrauden del fruto de su devocion.

16. Ni tampoco otros se deben excusar con título de honor y reverencia; aunque con razon se debe alabar este temor. Porque si es alabado el Centurion⁴, el cual por temor y reverencia no permitió que entrara en su casa el Señor, se alaba por el contrario á Zaqueo⁵, que alegremente lo hospedó en su casa. Así, pues, son alabados aquellos que por un temor religioso no se atreven á acercarse á esta mesa, y también son alabados aquellos que se llegan estimulados del afecto de temor y devocion. Y aunque ambos merezcan alabanza, sin embargo, porque segun santo Tomás se aventaja el amor al temor; es mejor acercarse á él por amor, que abstenerse de él por miedo y reverencia. Ni tampoco es admisible la excusa de aquellos, que suelen decir que les basta cumplir con lo que la Iglesia les manda, la cual solo manda que una vez nos lleguemos en el año á esta mesa. Porque aunque esto baste para no hacernos reos del precepto; con todo es mucho de doler, que los hombres por puro antojo suyo se quieran privar de este tan grande

¹ Hebr. viii. — ² Isai. lxxx. — ³ Ibid. — ⁴ Matth. viii. — ⁵ Luc. xix.

beneficio, y de tantos bienes de gracias divinas, adquiridas por el trabajo de Cristo. Y cuáles sean estos bienes, el Apóstol lo insinuó en aquella magnífica oracion, cuando dijo ¹: Y á mí el mínimo entre los Apóstoles se dió esta gracia de evangelizar en las gentes las muy inescrutables riquezas de Cristo, etc. Y el mismo en otra parte ²: Á quienes quiso Dios hacernos conocidas las riquezas de este Sacramento en las gentes, que es Cristo Jesús. Y consta que todos los fieles, cuantas veces se llegan dignamente á este Sacramento, se hacen participantes de estas riquezas. Luego cualquiera que dice que le basta comulgar una vez al año, es lo mismo que si dijera: no quiero hacerme participante de tantas riquezas como se nos dan en este Sacramento, sino una vez al año. Pues ¿acaso no es digno de que se llore sobre quien así parece que atestigua?

17. Pero no exhortamos á los fieles al mas frecuente uso de este Sacramento, de modo que no les avisemos su deber, es decir, la pureza de corazon y cuerpo con que deben llegarse á él. Porque es necesario acordarse que está escrito ³: Á tu casa es decente y debida la santificacion, Señor, en la longitud de dias: y la justicia y el juicio la preparacion de su silla ⁴. Pues con estos bienes de justicia se debe adornar la casa y silla del Señor, y de ella se deben lavar y quitar todas las manchas de los vicios, para disponerle un habitáculo digno. De aquí es que dice san Atanasio: Si alguno está contaminado y súcio, como de lodo, con la gula ó consentimiento de pensamientos torpes; si alguno está indispuerto, como de vértigos, con el odio y memoria de las injurias; si alguno está perturbado con la envidia ó con la ira; si alguno está vencido de la soberbia ó arrogancia: este no se atreva á acercarse á estos divinos y puros misterios, antes de lavarse por la penitencia, y antes de purgarse por sí mismo de toda suciedad de la carne y el espíritu. Hasta aquí san Atanasio. Y porque este divino Sacramento entra por nuestra boca á nuestra alma, se debe tener principalmente cuidado de la boca, para que tenga una entrada pura, por donde á nosotros baja la vida: es decir, que nuestra boca esté pura y limpia de toda torpe palabra, murmuracion, mentira, perjurio, baldon y maldicion con que la criatura de Dios ofrecemos al demonio: para que por la misma entrada que entra á nosotros Dios, jamás entre el demonio. Pues pídoos, hermanos, que el culto exterior que hoy damos todos á este divino Sacramento, procuremos dárselo tambien espiritualmente. Porque todas las calles por donde se

¹ Ephes. III. — ² Colos. I. — ³ Psalm. XCII. — ⁴ Ibid. LXXXVIII.

lleva en procesion el cuerpo del Señor, se han barrido, las paredes se han colgado con tapices, el suelo se ha adornado con flores olorosas y verdes yerbas, y se ha puesto cuanto adorno se ha podido. Pues como por nuestra boca, como ahora os dije, entre el mismo Señor en nuestro corazon, debemos purgarla de todo vicio, y adornar con todo género de colgaduras, no solo el corazon, en el que el mismo Señor se escoge la morada, sino tambien el camino por donde se le franquea la entrada al corazon. Porque así sucederá, que nosotros, que preparamos digno habitáculo á Dios en nuestra alma, merezcamos al fin que nos reciba él mismo en los eternos tabernáculos, en los cuales lo veremos, no bajo los velos de estos accidentes, sino en la especie misma de su hermosura inmensa, lo amaremos, lo alabaremos y lo celebraremos con himnos y cánticos perpétuos en los siglos de los siglos. Amen.